

# SIGNOS DEL SECULARISMO POSTMODERNO: EL DECLINAR DE LA TRASCENDENCIA DIVINA

Fernando Aranda Fraga\*

**RESUMEN:** De fuerte raigambre renacentista, el carácter secular del humanismo moderno pretende fundarse en el auge que adquiere la ciencia natural en esta época. Durante la Modernidad, la razón humana llega a ser la máxima autoridad, por lo cual la Verdad será todo aquello que proviene de la investigación científica. Ésta sigue un modelo o patrón, cuya base es el método hipotético-deductivo, modalidad triunfante desde Galileo, a partir de sus innegables éxitos en las ciencias llamadas “duras”. Ha quedado atrás la época en que toda verdad debía estar fundada en la autoridad de la Iglesia e incluso en la Revelación, su instrumento y fundamento último. Junto a este monumental cambio paradigmático ocurre otro, que no es sino un subproducto simultáneo de aquél: la creación de utopías o paraísos terrenales que aparecen como alternativas a los sistemas políticos tradicionales. Las primeras utopías surgieron de un entramado socio-religioso, aunque en contextos plenamente humanistas. Paulatinamente el pensamiento utópico moderno pierde su referencia religiosa y adquiere marcos de referencia cada vez más apartados de la trascendencia, hasta arraigarse en un total y absoluto suelo nutricional inmanente y materialista. El postmodernismo, como antítesis del proyecto moderno, se declara antiutopista y lleva a cabo sus fines mediante dos frentes superpuestos: la unificación de la política, cuyo instrumento es la globalización, y la unificación de la religión o, mejor dicho, su propia disolución en una religiosidad *light*.

**ABSTRACT:** *Signs of Postmodern Secularism. The Decline of the Divine Transcendence?*

The secular nature of modern humanism with its strong renaissance ancestry stems from the popularity of natural sciences at the time. During the Modern Age, human reason became the ultimate authority so that anything revealed by scientific research was regarded as Truth. Scientific research followed a pattern or model based on the hypothesis – deduction method. It had been the prevailing model since Galileo as a result of its undeniable success in the field of the so called “hard” sciences. The age in which all truth stemmed from the authority of the Church and also from the Revelation as its instrument and source lay far behind in history. Alongside this major paradigmatic change lies another change which was a concurrent by-product of the former. It involved the creation of utopias or earthly paradises as alternatives to the traditional political systems. The first utopias emerged from a socio-religious mesh though within widely humanistic contexts. Gradually, modern utopian thinking lost its religious referent and acquired referential frameworks that parted away from transcendence until it became deeply rooted in an absolutely rich, materialistic and immanent soil. Postmodernism as the antithesis of the Modern project, claims to be anti utopian and fulfills its objectives by way of two overlapping fronts: political unification with globalization serving as its instrument and religious unification or at best its own dissolution in a “light” religiosity.

---

\* *Fernando Aranda Fraga* es doctor en Filosofía. Se desempeña como Secretario de Ciencia y Técnica, profesor titular, investigador y Director de la Revista Enfoques, de la Universidad Adventista del Plata. E-mail: arandafw@lsmartin.com.ar

## Introducción

¿Modernidad o Postmodernidad? Bajo este titular alternativo podemos plantearnos la cuestión de una supuesta ruptura o continuación entre ambas épocas.

Dentro de la pluralidad de aspectos que el tema contempla, hemos de analizar el proceso de secularización de la conciencia moderna, estableciendo un paralelismo con el desarrollo de uno de los aspectos esenciales de la Modernidad: la *utopía*, para concluir con la mención de lo que en la actualidad se presenta como una pseudo vía de escape del secularismo, el auge de la *New Age*.

El humanismo moderno, surgido en los inicios del Renacimiento, posee una indubitable intencionalidad secularista y sólo pretende fundarse en la ciencia natural, cuyo instrumento es la sola razón. Durante la Modernidad, la razón llega a ser la máxima autoridad, por lo cual “Verdad” será sólo aquel conocimiento que proviene de la investigación científica. Ésta sigue un modelo o patrón, cuyo método es el hipotético-deductivo, modalidad triunfante desde Galileo en adelante, debido a sus innegables éxitos cosechados en las llamadas “ciencias duras”. Ha quedado, por entonces, atrás la época en que toda verdad, para ser tenida como tal, debía estar fundada en la autoridad de la iglesia e incluso en la Revelación, su instrumento y fundamento último.

Junto a este monumental cambio paradigmático ocurre otro, que no es sino un subproducto simultáneo del primero: la creación de utopías o paraísos terrenales que surgen como alternativas más humanistas para los sistemas políticos tradicionales. Se trata de una etapa de la historia en que al mismo tiempo en que la autoridad pasa de la iglesia a la razón (o sea, al hombre mismo), también la salvación se va tornando inmanente, puesto que bajo la garantía tangible que ahora ofrece la ciencia como instrumento de dominación del mundo, el hombre se eleva sobre sí mismo llegando a autoconcebirse con poderes y prerrogativas escatológicas. Curiosamente, las primeras utopías surgieron de un entramado socio-religioso, aunque en contextos plenamente humanistas. Paulatinamente el pensamiento utópico moderno pierde su referencia religiosa y adquiere marcos de referencia cada vez más apartados de la trascendencia, hasta arraigarse en un suelo nutricional total y absolutamente materialista e inmanente.

Ahora bien, ¿qué podemos decir, entonces, de la escatología secular contemporánea, desde el momento en que la corriente postmodernista, como bien sabemos, rechazando el proyecto moderno, se declara por sobre todas las cosas antiutópico, importándole apenas el “aquí y ahora”? Sin duda alguna se trata de un movimiento que aparece como antítesis del proyecto de la Modernidad, lo cual, sin embargo, no significa que haya abandonado sus tradicionales aspiraciones escatológicas, ahora, dado el carácter que lo define, inmanentes en grado sumo. En efecto, el poder que está detrás del movimiento contemporáneo que ha dado en llamarse “postmodernista” lleva a cabo sus fines mediante dos frentes superpuestos y complementarios: por un lado se ejecuta la unificación de la política, cuyo más eficaz y característico instrumento es la globalización, y por otro, se avanza en pos de la unificación de la religión o, dicho de otro modo, en la negación de ésta, puesto que en la base de semejante unificación late fuertemente la intención de disolverla en una mera e inofensiva religiosidad *light*, a la medida de las demandas de una época que ya no reclama la existencia de relaciones profundas ni durables.

De antemano cabe señalar que como suele pasar con todo lo que está ocurriendo simul-

táneamente, mientras se elabora el discurso, resulta difícil poder evaluar y hallar el sentido adquirido por esta época. La Postmodernidad resulta muy escurridiza y se nos escapa de las manos cuando pretendemos congelarla para intentar comprenderla. Por ser algo que aún está ocurriendo no es muy posible poder ver en ella con demasiada claridad, sobre todo si tenemos en cuenta que una de las características que la definen es su nueva experiencia del tiempo, una tendencia a que todo sea simultáneo<sup>1</sup>. Fredric Jameson<sup>2</sup> se refiere a la Postmodernidad como el “tercer estadio del capitalismo”, una etapa en pleno desarrollo, por lo tanto difícil de comprender, no sólo su funcionamiento sino también el lugar que ocupamos en ella:

*Estamos en una gran etapa de transición entre un capitalismo con sus propias formas culturales, su política y sus relaciones sociales, hacia algo nuevo. Para mí la cuestión más importante es reconocer una ruptura radical entre un momento ya acabado del modo de producción capitalista y este nuevo modo de producción, ya sea que lo llamemos posmoderno o de otra manera<sup>3</sup>.*

Cercano a Jameson, quizás uno de sus precursores, Daniel Bell, ya percibía hace algunas décadas la Postmodernidad como la “edad de la sociedad postindustrial”, concepto de lo postmoderno que el propio Vattimo intenta desmentir, al evaluar el pensamiento postmoderno - al cual denomina: “pensamiento débil”- como una superación de un juicio apocalíptico que antes había erigido la filosofía ante los desajustes producidos por la civilización industrial: “El pensamiento postmoderno trata de cambiar la actitud de la filosofía frente al mundo tecnológico. Ya no tiene sentido esa crítica radical y apocalíptica a la sociedad industrial”<sup>4</sup>. Pero aun así, mal que le pese a Vattimo, un cierto y fuerte malestar ecológico domina la mentalidad de toda una época, sabiendo que, ante todo, ya no quiere repetir el recorrido hecho por la razón moderna.

El discurso sobre la Modernidad, tradicionalmente, nos la pintó como una época de oro en la historia del desarrollo de la razón. La lectura bajo los cristales de la Modernidad nos situaba en una nueva época de permanente, seguro e indefinido progreso que, sin lugar a dudas, regía a la historia. La contrapartida de esta versión de la historia moderna es la que hoy día nos presenta el Postmodernismo. Su lectura retrospectiva no es quizás tan transparente, clara y distinta como aquella otra realizada desde cristales *modernos*; en definitiva, no es ya racional, sin que ello signifique que en todo caso sea menos razonable, paradójica razón que le otorga una mayor lucidez, atributo que quizás haya alcanzado por el simple hecho de ser una mirada retrospectiva sobre el pasado, alumbrada por la riqueza de la experiencia adquirida<sup>5</sup>.

Dos lecturas, dos interpretaciones, comúnmente organizadas bajo dos paradigmas distintos que se oponen en sus extremos, pero cabe preguntarnos si quizás entre el final del primero de estos paradigmas y el comienzo del último no haya más que una sustancial solución de continuidad que intentaremos descifrar. Antes repasemos en qué consisten ambos paradigmas: Modernidad y Postmodernidad.

## **El proyecto moderno**

El paradigma de la Modernidad se define por su vocación extremadamente racionalista,

aun el empirismo británico es apenas una variante de este aspecto. La preeminencia del sujeto es el signo de la época; hay una búsqueda del saber objetivo por sobre todas las cosas, pero ese saber surge a partir de la conciencia, la verdadera casa del sujeto moderno, en donde éste fundará la universalidad del conocimiento. Se trata, pues, del sujeto universal, animado por el propósito de llevar adelante una ciencia objetiva, verdadera, racional, mediante la cual será posible el advenimiento de un progreso sin fin. ¿Es posible esta pretendida universalidad fundada en la conciencia subjetiva?

Pueden señalarse algunos mojones en el camino, cuya cúspide filosófica es el pensamiento de Kant. El hilo conductor de esta interpretación racionalista de la historia comienza con Descartes y su pretensión de coincidencia entre la *res pensante* y la *res extensa*; inmediatamente surge Spinoza, con su concepción de una única sustancia con dos atributos distintos, pero coincidentes; prosigue con Leibniz y su teoría de la “armonía preestablecida”; del lado opuesto del Canal de la Mancha aparece el Obispo Berkeley, con su idealismo subjetivo en procura del conocimiento de las ideas universales en la mente de Dios; en el centro del continente, Kant -crítica de Hume a la metafísica tradicional de por medio- afirmará la idealidad trascendental del espacio, el tiempo y las categorías, junto a la universalidad de los principios éticos y del “deber”; finalmente, ya sobre el ocaso de la Modernidad, está Hegel, con su ser absoluto diferenciado: el “universal concreto”, y la racionalidad de toda la realidad. El corolario de esta tradición moderna será la cima de la consumación de su paradigma: el progreso indeclinable de las ciencias y el advenimiento del estadio *positivo* de la humanidad -en textuales palabras de Comte, el fundador de la sociología como ciencia- y la revolución socialista, con Marx y Engels, que procurará el logro de una sociedad sin clases, exenta de explotación. He aquí la utopía moderna plenamente consumada en su más prístina realidad material; la salvación del hombre subyace en el hombre mismo. La praxis de la razón moderna lleva en sí misma la semilla, inmanente por esencia, de su liberación escatológica.

Pero retrocedamos algo más en el tiempo a este desenlace de una existencia sin Dios y veamos más de cerca en qué consiste la razón moderna. Es con el movimiento *iluminista*, cuando mejor se cumple el proyecto moderno: es la edad plena de la razón, la postulación de la utilidad del saber y del poder de la educación. En lo que respecta a la investigación científica, ésta se orienta hacia el conocimiento de la naturaleza a fin de asegurar su dominio. Se forja en esta época la firme creencia en que la sociedad puede ser reorganizada a fondo sobre la base de principios racionales. En materia política y social toman gran auge la democracia liberal y la economía de mercado. La vida social moderna oscila entre una moral eudemonista social (utilitarismo) y la ética formal kantiana. Según Hegel, los nuevos tiempos comenzaban con la Revolución Francesa y la Ilustración<sup>6</sup>. Es en este sub-período de la Modernidad cuando confluyen y se fusionan las orientaciones filosóficas insular y continental y el Positivismo resulta su más directo heredero, seguido muy de cerca por el *Marxismo*. En estos dos sistemas filosóficos acabará por evidenciarse con claridad la cima del proceso que denota el título del tema que nos ocupa.

La *razón* a la que se le rinde culto en la Modernidad, y con mayor énfasis a partir de la Ilustración, es una razón deshistorizada, o “ahistórica”, como se la prefiera llamar. Esta razón universal está por encima del espacio y del tiempo. Al asumir la herencia de la tradición dualista es una razón desencarnada del cuerpo, en consecuencia asume un papel superador de las pasio-

nes y emociones que dependen del cuerpo y de la materia. De este modo el sujeto moderno, despojado de prejuicios y capaz de controlar sus emociones, alcanza el punto de vista universal. Tal es el carácter esencial del movimiento iluminista<sup>7</sup>. En la esfera religiosa lo que importa es aclarar los orígenes de dogmas y leyes, lo que posibilitará una religión “natural”. Esto se manifiesta en el deísmo, que no niega a Dios pero que lo relega a la función de creador o primer motor de la existencia. Del aspecto religioso de la Modernidad nos hemos de ocupar más adelante, ahora orientemos nuestra mirada hacia el paradigma de la Postmodernidad.

### **El ataque contra la razón**

Situamos el punto de partida de este paradigma en la filosofía de Nietzsche, aunque ubicado poco antes, contemporáneo al Iluminismo, debemos hacer justicia al Romanticismo, corriente continental que inició la crítica de la Modernidad poniendo énfasis, ya no en la razón, sino en la intuición, la emoción, la aventura, un retorno a lo primitivo, el culto al héroe, a la naturaleza y a la vida, y por sobre todas las cosas una vuelta al panteísmo. Nietzsche se encargará de revitalizar estos motivos casi un siglo más tarde, imprimiéndole su sello propio, una filosofía cuyos rasgos esenciales han de ser el individualismo, un relativismo gnoseológico y moral, vitalismo, nihilismo y ateísmo, todo esto sobre un telón de fondo irracionalista<sup>8</sup>.

*Gianni Vattimo tiene razón cuando ve en Nietzsche el origen del postmodernismo, pues él fue el primero en mostrar el agotamiento del espíritu moderno en el ‘epigonismo’. De manera más amplia, Nietzsche es quien mejor representa la obsesión filosófica del Ser perdido, del nihilismo triunfante después de la muerte de Dios<sup>9</sup>.*

La Postmodernidad, en contraste con la Modernidad<sup>10</sup>, se caracteriza por las siguientes notas: nihilismo y escepticismo, reivindicación de lo plural y lo particular, deconstrucción, relación entre hombres y cosas cada vez más mediatizada, lo que implica una desmaterialización de la realidad (Lyotard)<sup>11</sup>. Con respecto a esto Jean Baudrillard habla de un “asesinato de la realidad”. En su libro *El crimen perfecto*, presenta metafóricamente cómo se produce en las postrimerías de siglo esta desaparición de la realidad mediante la proliferación de pantallas e imágenes, transformándola en una realidad meramente *virtual*: “Vivimos en un mundo en el que la más elevada función del signo es hacer desaparecer la realidad, y enmascarar al mismo tiempo esa desaparición”<sup>12</sup>.

Jean-Francois Lyotard explica la “condición postmoderna” de nuestra cultura como una emancipación de la razón y de la libertad de la influencia ejercida por los “grandes relatos”<sup>13</sup>, los cuales, siendo totalitarios, resultaban nocivos para el ser humano porque buscaban una homogeneización que elimina toda diversidad y pluralidad: “Por eso, la Postmodernidad se presenta como una reivindicación de lo individual y local frente a lo universal. La fragmentación, la babelización, no es ya considerada un mal sino un estado positivo” porque “permite la liberación del individuo, quien despojado de las ilusiones de las utopías centradas en la lucha por un futuro utópico, puede vivir libremente y gozar el presente siguiendo sus inclinaciones y sus gustos”<sup>14</sup>.

La Postmodernidad, dice Lyotard, es una edad de la cultura<sup>15</sup>. Es la era del conocimiento

y la información, los cuales se constituyen en medios de poder; época de desencanto y declinación de los ideales modernos; es el fin, la muerte anunciada de la idea de *progreso*. El postmodernismo tiene en *Internet* uno de sus signos representativos, porque mediante esta red de comunicación informática intermundial es posible la unión de dos fenómenos opuestos y complementarios, como el “globalismo” y la “fragmentación”<sup>16</sup>.

La Postmodernidad se presenta también como un vivir estetizante. La consigna es mantenerse siempre joven, se valoriza el cuerpo y adquieren auge las dietas, la gimnasia y la cirugía estética, se persigue la finalidad de mejorar la superficie, el envase, con el propósito de lucirlo. Lo que verdaderamente importa es el momento presente. Consumo, confort, lujo, dinero, poder, fama, son los valores predominantes. Es la plena vigencia, y nunca mejor que ahora, del viejo adagio de Protágoras: “*El hombre es la medida de todas las cosas*”<sup>17</sup>. Se produce una redefinición de la ética y de sus postulados. Fenece la ética del deber y de la obligación y comienza una época en la cual el deseo personal, el interés y la autogratificación están legitimados como principios morales<sup>18</sup>. Hedonismo, subjetivismo y relativismo absoluto son los principios que rigen la época, el sexo libre una de sus consecuencias. Todo aquello que emane de la libre creatividad del hombre es lo que realmente vale. Junto con la razón se ha perdido el significado de la verdadera libertad. Los sucesos pasan, se deslizan. No hay ídolos ni tabúes, tragedias ni apocalipsis, “*no hay drama*” expresará la versión adolescente postmoderna. “La cultura tiene rasgos mucho más difusos que en el período moderno. Las formas modernas han sido heredadas por la cultura de masas”<sup>19</sup>.

Habermas señala que el Postmodernismo no propone solución alguna a los problemas que plantea, se presenta como anarquista y nihilista y su abandono de la universalidad resulta sumamente peligroso. “Sin unos principios o éticas mínimas no hay posibilidad de ser críticos y resistir al status quo. Por eso en el fondo del Postmodernismo anida el neo-conservadurismo”<sup>20</sup>. No hay más lugar para la revolución; la sociedad es como es, no cambiará ni nadie quiere hacerlo. El Postmodernismo acepta las aplicaciones utilitarias y tecnológicas de la ciencia, pero no sus ideales de verdad y progreso. Para Lyotard la ciencia termina siendo un “juego de lenguaje”<sup>21</sup>. Ciertos productos de la ciencia, tales como la contaminación y el desarrollo bélico trajeron una desilusión sobre ella misma. La crítica postmoderna a la objetividad termina abriéndole una puerta al mito, la magia, el yoga y la *New Age*. La Postmodernidad significa un reencuentro con la naturaleza, una confluencia con el orientalismo y el holismo. Se proclama una armonía total y disolución del individuo en el cosmos. Ya no es menester dominar la naturaleza, sino insertarse, integrarse en ella<sup>22</sup>.

*La sociedad moderna era conquistadora, creía en el futuro, en la ciencia y en la técnica, se instituyó como ruptura con las jerarquías de sangre y la soberanía sagrada, con las tradiciones y los particularismos en nombre de lo universal, de la razón, de la revolución. Esa época se está disipando a ojos vistas; en parte, es contra sus principios futuristas que se establecen nuestras sociedades, por este hecho posmodernas, ávidas de identidad, de diferenciación, de conservación, de tranquilidad, de realización personal inmediata; se disuelven la confianza y la fe en el futuro, ya nadie cree en el porvenir radiante de la revolución y el progreso, la gente quiere vivir enseguida, aquí y ahora, conservarse joven y no ya forjar el hombre nuevo.*<sup>23</sup>

La Postmodernidad significa, en última instancia, la defunción definitiva de la idea de *progreso*, el fin de las utopías, el “fin de la historia”, declara -sirviendo a los intereses de la globalización- Francis Fukuyama. “Asistimos al final de la creencia generalizada en el progreso. Ha caído la fe en la Modernidad porque ha desaparecido también la expectativa por la novedad (que es el mejor aliado de la conservación)”<sup>24</sup>. Pero, volviendo a lo que planteábamos anteriormente, respecto de la ruptura o continuidad del proyecto moderno, todo esto, ¿es realmente una novedad propia de la Postmodernidad, o será simplemente el resultado final de un proceso iniciado hace ya unos cuantos siglos? Una mirada retrospectiva de este proceso nos permitirá percibir una curiosa y compleja relación entre la *utopía*, la idea de Dios, el desarrollo del secularismo y el destino de las escatologías. Detengámonos por un instante a repasar esto a la luz del paradigma de la Modernidad.

### **Las utopías modernas y su proyección inmanente de la existencia**

La Modernidad es, sin lugar a dudas, la edad de las *utopías*. Casi todo el pensamiento moderno se establece bajo una impronta utópica. Literalmente “u” “topos”, *en ningún lugar*, significa la existencia de lo perfecto e incorruptible, cuya razón fundamental de existencia es operar como una meta o modelo a alcanzar<sup>25</sup>. De algún modo durante la Modernidad, y esto se observa con más claridad en sus comienzos, la existencia de Dios era la razón de que el hombre creara, difundiera y creyera en las utopías. Dios seguía siendo el modelo de perfección consumada a la cual se podía aspirar y habría de tender. El hombre moderno creaba, así, la utopía: un mundo mejor (perfecto), que no existía en *ningún lugar*, salvo en su propia mente. “Y así puede verse también la propagación de lo que se conoce como ‘Modernidad’ a partir del fin de la Edad Media, cuando el cielo pasa a estar en la tierra, aunque en un tiempo futuro y siempre que se siga un camino llamado ‘progreso’ ”<sup>26</sup>.

El hombre toma a Dios como modelo de perfección pura y partiendo de lo que tiene a mano, de lo conocido y tangible, crea una realidad utópica, aislándola de toda posible corrupción terrenal, aún y a pesar de que en su construcción mental la utopía dispusiera de las máximas condiciones materiales posibles (la *Utopía* de Thomas More, la *Ciudad del sol* de Campanella, la *Nueva Atlantis*, de Bacon, etc.). El hombre opera aquí como un *Demiurgo*, que organiza el planeta de acuerdo con un modelo del mundo perfecto existente en un “mundo celeste” divino. Ya se percibe en esta actitud humana de intentar crear algo perfecto (utopía) cierta aspiración por ser semejante a Dios, y realizar una actividad que es propia del Ser divino.

*Así, la utopía se emparenta con el ‘síndrome paradisiaco’ que se encuentra en las culturas más diversas, en sus mitos, en sus escatologías, en sus visiones milenaristas, etcétera. Este paraíso no está imaginado necesariamente como situado en el más allá puramente espiritual; en muchos casos, está localizado en este mundo, pero está transformado por la fe. Puede inscribirse en un tiempo lineal, pero también en un tiempo cíclico, el del mito del eterno retorno. La ‘búsqueda del paraíso terrestre’ y la nostalgia paradisiaca terminaron por ser radicalmente secularizadas por la cultura occidental. Las utopías, así como el mito del progreso indefinido, sólo serían los resultados más notables de esta secularización. Sin embargo, siempre se puede descifrar en ellos la presencia de una nostalgia ancestral<sup>27</sup>.*

Aún así, la extrema lejanía del ideal representado por las utopías renacentistas mantenían con sus creadores una relación de cuasi trascendencia que de algún modo imponía cierto respeto ante la separación y lejanía de lo divino. Paulatinamente se observará cómo esta relación de la utopía con su creador se irá secularizando. Esta característica determina la orientación que adquieren las historias modernas, a diferencia de las historias premodernas, cuyo verdadero sentido estaba en la salvación del alma. La vida moderna ya no tiene su sentido en una vida eterna, trascendente, sino en una vida terrenal, secularizada. “Su tema no es ya el de la lucha entre el bien y el mal en un sentido metafísico, sino entre la razón, encarnada especialmente en la ciencia y la tecnología, y la irracionalidad, con sus secuelas de ignorancia, superstición y atraso”<sup>28</sup>.

### **El Dios de los modernos**<sup>29</sup>

Según la cosmovisión teísta medieval, Dios es una persona trina, en unidad de propósito y pensamiento, es creador y quien ejerce el gobierno sobre el mundo; se admiten con plenitud su providencia y revelación. La verdad revelada es irreductible a una verdad racional, conocida por todos los seres humanos. Por el contrario, la cosmovisión moderna es básicamente deísta. Dios queda admitido como principio y causa del mundo. El hombre moderno no está dispuesto a admitir que Dios se ocupa de los hombres, de su historia y destino; de lo contrario no podría explicarse la existencia del mal. En los epígonos de la Modernidad ya será otra la cosmovisión, y será también muy diferente la índole de las utopías. En esta radical distinción, y como producto del vaciamiento de sentido de la idea de Dios operado en la conciencia postmoderna, podemos encontrar parte del fundamento de la muerte de las utopías.

El proceso de la muerte de Dios y el advenimiento de una cultura secularizada se inicia con el antropocentrismo renacentista, pasando por el subjetivismo, el Iluminismo y su endiosamiento de la razón, el Positivismo, el materialismo en sus diversas formas, humanismo y nihilismo; ya no queda en la vida actual lugar alguno para Dios. Los momentos culminantes de tal proceso quedan constituidos por las filosofías de Hegel (un panteísmo encubierto tras la ambigüedad de una deificación del hombre racional: el universal concreto); Comte, quien liquidó la vida religiosa y metafísica al interpretarlas como dos estadios primitivos de un desarrollo que ha llegado al definitivo estadio positivo y la “religión de la Humanidad”, con mayúsculas, por la cual se rinde culto racional al “Gran Ser”; el Marxismo, con su absoluta materialización de la existencia y su concepción de la religión como narcótico del que es preciso liberarse; finalmente, el nihilismo, representado por Nietzsche a partir de su negación de la metafísica, la moral del superhombre y el radical trastocamiento de todos los valores.

Situado entre Hegel y Marx está Ludwig Feuerbach, quien apuntó sus dardos hacia el Dios trascendente del cristianismo, señalando que la idea de Dios no es más que una proyección del hombre:

*[...] el hombre saca fuera de sí su esencia humana, la ve como algo existente fuera de sí y separado de sí mismo, la proyecta, por así decir, al cielo como una figura autónoma, la llama Dios y la adora [...] El conocimiento de Dios es un poderoso ‘dar-luz’, un potente alumbramiento: Dios aparece como un reflejo proyectado, hipostasiado, del hombre, tras el que en realidad nada hay. Lo divino es lo universal*

*humano proyectado al más allá. ¿Y qué son las propiedades de la esencia divina: amor, sabiduría, justicia...? En realidad son propiedades del hombre, del género humano. Homo homini deus est, el hombre es el Dios del hombre: ¡esto es todo el misterio de la religión!*<sup>30</sup>

No le resultaría nada complicado a Marx, poco más adelante y a partir de los argumentos de Feuerbach, elaborar su crítica a la religión y al Dios del cristianismo. Notemos, por otra parte, qué simple puede resultarle a un ser humano postmoderno, y portador de las notas esenciales de su época, retocar apenas el conjunto de la argumentación de Comte y Feuerbach, y desembocar en la autodivinización de sí mismo y del mundo, tal como será propuesto por la *New Age*.

En forma paralela las utopías se fueron modificando, desde aquellas primeras formas renacentistas, de índole más bien geográfica y sobre un trasfondo que oscilaba desde un teísmo a un deísmo, pasando por “la paz perpetua” y la moral kantianas, el Estado racional de Hegel, el socialismo utópico, el Positivismo comtiano, y cerrando toda una época, la “sociedad sin clases”, comunista, preconizada por Marx; utopía, esta última, profetizada y postulada con el extremo rigor de una pretendida necesidad y en la que a partir de su fundamento sustancialmente ateo, no dejaba lugar alguno para la trascendencia.

Jean-Francois Lyotard, filósofo francés a quien se le debe la acuñación del vocablo “Postmodernidad”, y que falleciera recientemente (2000), afirma en su principal obra: *La condición posmoderna*, que la principal característica de esta edad de la cultura occidental es haberse constituido en el fin de los “grandes relatos” o, lo que es lo mismo: constituye una declinación de los ideales modernos, el fin de la revolución, la muerte de las ideologías, dirán muchos más hoy.

### **Epílogo: los nuevos iconos de lo sagrado**

La sociedad postmoderna deambula entre un agnosticismo heredero del ateísmo con que se cerró la Modernidad y un neopanteísmo que rebrota como base de una nueva religiosidad. Es agnóstica, decimos, porque tiene un fuerte barniz de tolerancia religiosa que se asienta en la indiferencia; para el ateo de alguna manera Dios debe seguir existiendo, al menos como enemigo. Neopanteísta, porque en ciertos aspectos hay en la conciencia postmoderna una búsqueda de lo sagrado, que se encuentra en la sacralización de sí. Los valores de la Postmodernidad están anclados en una absoluta inmanencia; el Dios trascendente ha llegado a ser un objeto pintoresco abandonado en el desván. El agnosticismo de nuestra época es el legado postmoderno del ateísmo con que concluyó la Modernidad. Nuestra indiferencia ante Dios es la peor condena a la que podíamos someterlo. Quienes están enrolados en el movimiento *New Age*, o al menos simpatizan con éste, objetarán que por el contrario, nuestra época está sumida en un retorno a la religiosidad, una religiosidad originaria, superadora de las formas conocidas, que produce una vuelta del hombre a Dios y a la naturaleza. No nos engañemos, la *New Age* no representa novedad alguna en este mundo, es lisa y llanamente un neopanteísmo, que condujo al hombre a su autodivinización.

Harold Bloom, profesor de humanidades de la Universidad de Yale (Connecticut, EE.UU.),

señala en su libro *La religión en los Estados Unidos. El surgimiento de la nación poscristiana*, que la influencia de la teosofía ha depurado al Dios de la *New Age* de todo lo antropomórfico; en definidas cuentas, lo ha despersonalizado y “elude el espacio interventor de la encarnación. Por tanto, el cristianismo es, en su mayor parte, ajeno a la Nueva Era, excepto en la medida en que el cristianismo ya ha sido modificado para adaptarse a la religión estadounidense, de la cual la Nueva Era es a veces una encantadora parodia”<sup>31</sup>.

*El Dios de California difiere en que es una especie de naranjal público en donde uno puede recoger los frutos que uno quiera, cuando uno quiera, sobre todo porque Él es un naranjal que está dentro de nosotros. Su inmanencia perpetua y universal hace que sea muy difícil para un miembro de la Nueva Era distinguir entre Dios y cualquier otra experiencia [...]”<sup>32</sup>.*

Todo es válido en la *New Age*, lo que importa por sobre todas las cosas es la máxima realización del hombre, el culto a sí mismo y su unión íntima con la totalidad de la naturaleza. Es ésta una religión muy propia de la Postmodernidad, sin sacrificios, sin privaciones, carente de un Salvador, sin pecado y sin perdón. Quizás no exageramos al afirmar que esta nueva forma de religiosidad, hoy tan popular, ha vaciado definitivamente el contenido y el objeto de la religión. Es la consumación del paradigma de la Modernidad; es, en definitiva, la esencia del paradigma de la Postmodernidad.

La Modernidad, analizada en el contexto de la utopía, muestra una radical oposición con la Postmodernidad, que a partir de tal matiz representa una total ruptura con la época que la precedió. Bajo la perspectiva del análisis de lo acontecido con la idea de Dios y su puesto en el mundo, no pasa de ser una evidente continuidad. Tal vez la justificación de esta diferencia radique en que la “liquidación” postmoderna de las utopías sea, simplemente, un efecto de que el proceso de secularización ha llegado a su fin; en otras palabras, que el hombre ha puesto toda la carga del peso escatológico de su existencia en su radical creencia de que lo único sagrado en este mundo, y en el universo entero, es su propia conciencia. En otras palabras, este *mix* de valores postmodernos entrecruzados y yuxtapuestos con esta pseudo religiosidad que es la *New Age*, dentro del llamado “nuevo orden internacional” que le ha dado marco, ha terminado dejando al hombre solo en el universo; tan solo como para autoconstituirse en una nueva iconografía de lo sagrado, tan solo como para sentirse dueño y señor de la eternidad, una soledad que se fundamenta en la negación de la trascendencia divina. El hombre ha llegado a autoerigirse en el arquitecto, no solamente de su propio destino, sino también de su salvación. ¿Quedará alguna posibilidad de retorno?

## NOTAS

<sup>1</sup> Este artículo es el producto parcial de una beca de investigación (sobre teorías clásicas y contemporáneas de la justicia, y la cosmovisión de la que dependen), otorgada por la Facultad de Humanidades, Educación y Ciencias Sociales de la Universidad Adventista del Plata, durante el año 2003 (Fase B). El proyecto se denomina: “Análisis comparativo entre concepciones

occidentales de la justicia y de la sociedad y otras formas de pensamiento (oriental y hebrea), incluida la concepción y cosmovisión bíblica de la justicia y de la sociedad política”.

<sup>2</sup> VATTIMO, G. “La posmodernidad o la transformación de las utopías” en *Clarín: Cultura y Nación*, 15 de octubre de 1987, p. 8.

<sup>3</sup> Ver: JAMESON, F. *Teoría de la Postmodernidad*. Madrid, Trotta, 1996, pp. 9-11.

<sup>4</sup> JAMESON, “Los sucios tiempos posmodernos” en *Clarín: Cultura y Nación* (18 de julio de 1996), p. 3.

<sup>5</sup> Op. Cit. VATTIMO, p. 8.

<sup>6</sup> Ver al respecto: ARANDA FRAGA, F. “La ‘Nueva Era’, una típica religión postmoderna” en *Anámnesis* Vol. X, nº 1, 2000, pp. 169-173.

<sup>7</sup> HABERMAS, J. *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid, Taurus, 1989, p. 17.

<sup>8</sup> NUDLER, O. “Homogeneidad versus babelización: un falso dilema” en *Novedades Educativas*, Vol. 68, 1997, p. 9.

<sup>9</sup> ARANDA FRAGA, F. “La influencia de la New Age en la educación posmoderna” en *Theologika* Vol. 15, nº 1, 2000, pp. 42-44.

<sup>10</sup> TOURAINE, A. *Crítica de la modernidad*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 116.

<sup>11</sup> LÓPEZ GIL, M. *Filosofía, Modernidad, Posmodernidad*. Buenos Aires, Biblos, 1992, p. 31.

<sup>12</sup> BAUDRILLARD, J. *El crimen perfecto*. Buenos Aires, Anagrama, 1996; citado por Graciela Speranza. “Un asesinato real” en *Clarín: Cultura y Nación*, 29 de agosto de 1996, p. 9.

<sup>13</sup> “Los ‘metarrelatos’ a que se refiere *La condición posmoderna* son aquellos que han marcado la modernidad: emancipación progresiva de la razón y de la libertad, emancipación progresiva del trabajo (fuente de valor alienado en el capitalismo), enriquecimiento de toda la humanidad a través del progreso de la tecnociencia capitalista, e incluso, si se cuenta al cristianismo dentro de la modernidad (opuesto, por lo tanto, al clasicismo antiguo), salvación de las creaturas por medio de la conversión de las almas vía el relato crístico del amor mártir. La filosofía de Hegel totaliza todos estos relatos y, en este sentido, concentra en sí misma la modernidad especulativa...¿Cómo pueden seguir siendo creíbles los grandes relatos de legitimación?... Por metarrelato o gran relato, entiendo precisamente las narraciones que tienen función legitimante o legitimatoria”. LYOTARD, Jean-Francois. *La posmodernidad explicada a los niños*. Barcelona, Gedisa, 1995, pp. 29-31.

<sup>14</sup> Op. Cit. NUDLER, p. 9.

<sup>15</sup> LYOTARD, J. F. *La condición posmoderna*. Buenos Aires, REI, 1989, p. 13.

<sup>16</sup> Op. Cit. NUDLER, p. 9.

<sup>17</sup> “[...] en todas las cosas hay dos razones contrarias entre sí [...]. El hombre es la medida de todas las cosas: de las que existen, como no existentes [...] el alma no es otra cosa que los sentidos... y todas las cosas son verdaderas”. Protágoras, citado en LAERCIO, Diógenes. *Vidas de los más ilustres filósofos griegos*. Madrid, Hyspamérica Ediciones, 1985, Vol. II. P. 155.

<sup>18</sup> LIPOVETSKY, G. *El crepúsculo del deber*. Barcelona, Anagrama, 1994, p. 154.

<sup>19</sup> JAMESON, F. Op. Cit., p. 2.

<sup>20</sup> MARDONES, J. M. *El desafío de la posmodernidad al cristianismo*. Santander, Sal Terrae, 1988, p. 17.

<sup>21</sup> Op. Cit. LYOTARD, p. 25.

- <sup>22</sup> OBIOLS, G. y DI SEGNI, S. *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria*. Buenos Aires, Kapelusz, 1993, p. 25.
- <sup>23</sup> LIPOVETZKY, G. *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona, Anagrama, 1986, Prefacio.
- <sup>24</sup> VATTIMO, G. Op. Cit., p. 8.
- <sup>25</sup> Acerca del contexto en que surge la más importante utopía de la época, la obra de T. Moro, y la extensa historiografía sobre dicho tema, véase: BONILLA, Alcira B. “La *Utopía* de Tomás Moro y el descubrimiento de América”, inédito, pp. 1-24.
- <sup>26</sup> Op. Cit. NUDLER, p. 8.
- <sup>27</sup> BACZKO, B. *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1991, p. 76, 77.
- <sup>28</sup> Ibid.
- <sup>29</sup> A partir de aquí, y hasta el final del tópico, seguimos, parcialmente, el texto de nuestro trabajo “Posmodernidad: entre el ocaso de las utopías y la muerte de Dios” en *Enfoques* Vol. VIII, n° 1, 1996, pp. 68-69.
- <sup>30</sup> KÜNG, H. *¿Existe Dios? Respuesta al problema de Dios en nuestro tiempo*. Madrid, Ediciones Cristiandad, 1979, p. 283.
- <sup>31</sup> BLOOM, H. *La religión en los Estados Unidos. El surgimiento de la nación poscristiana*. México, F.C.E., 1994, p. 200.
- <sup>32</sup> Ibid., 201.